

RESEÑAS / REVIEWS

Combès, Isabelle. *Hijos del Pilcomayo. Los últimos tobas de Bolivia.* Cochabamba: ILAMIS / Itinerarios / Centro de Investigaciones históricas y antropológicas, Colección Scripta Autochtona, 23, 2019, 240 págs.

La experiencia que nos propone Isabelle Combès nos invita a conocer la historia de uno de los grupos tobas menos estudiados: los tobas bolivianos. Desde un principio queda claro que para entender profundamente el devenir de estos tobas debemos transitar su historia sin aislarla del complejo panorama del mosaico chaqueño, de las relaciones interétnicas que se desarrollaron en la zona. Esto lleva a la autora a indagar no solo en las obligadas relaciones y enfrentamientos que tienen los tobas con los criollos, los misioneros y las autoridades civiles en medio del avance de la colonización hacia el Chaco, sino también en las fundamentales relaciones que los tobas trabaron con los chiriguanos, así como con otros grupos indígenas. Aunque la historia es sobre los tobas de Bolivia, necesariamente implicará a más actores sociales, pues solo a partir de esta amplia perspectiva de relaciones y enfrentamientos se podrá vislumbrar este complejo y cambiante escenario de frontera, evitando así lecturas llanas.

El libro consta de una introducción, seis capítulos y un epílogo que toma aristas desarrolladas en el libro para posicionarse con claridad respecto del tema abordado. A continuación, están los anexos, que cuentan con un importante despliegue de fuentes documentales. En el primer apartado, que oficia de introducción, se hace una presentación de los tobas de Bolivia y se delimita el campo de trabajo. También se describe junto a qué otros grupos habitaban la zona, destacando que claramente no actuaban solos, ya que sus vecinos eran aquellos indígenas que los antropólogos etiquetan como chaqueños «típicos». Sin embargo, con quienes mantuvieron estrechas relaciones fue con los chiriguanos, aquellos que están hacia la cordillera y que suelen clasificarse como chaqueños «atípicos». Aunque en la época colonial y algunas veces durante la etapa de la República se presenta una hostilidad mutua entre ambos, durante el siglo XIX se dan más alianzas guerreras, sobre todo en contra de los colonizadores. Los chiriguanos serán actores fundamentales en la historia de los tobas de Bolivia.

Desde un principio se aclara que la historia será leída en clave chiriguana, dado que eso es lo que brindan las fuentes, unas fuentes históricas que son muy parcas sobre los tobas durante la época de la colonia, pero que se incrementan a partir de 1843, situación que se extiende hasta 1917, cuando los tobas vuelven a *esfumarse*. En el período posterior a 1843, los tobas empiezan a tomar cuerpo, a tener nombres, y se sabe de sus actividades. El avance de la colonización genera documentos tanto desde el lado de los expedicionarios como, posteriormente, a partir de las misiones franciscanas que van fundándose luego de Tarairí (1854), como, por ejemplo, San Francisco Solano (1860) y San Antonio de Padua (1863). Algunos «capitanes» tobas con sus familias se irán quedando en las misiones, pero hasta el final de la historia su estadía allí será inestable. A pesar de las alianzas guerreras, la convivencia en las misiones con los chiriguanos neófitos es muy complicada. Sin embargo, también durante el siglo XIX los contactos entre tobas y chiriguanos se afianzan y con ello las alian-

zas guerreras y matrimoniales, de manera que se produce el mestizaje entre ambas etnias, tal como lo demostrará la aparición en las fuentes de los indígenas Socó y Cototo que, según devela Giannecchini, tienen padre chiriguano y madre toba. Un hecho que se destaca hacia el final del capítulo dos, y será retomado más adelante, desencadena una interesante hipótesis de trabajo. Una de las sublevaciones que se dan tiene como punto de inicio a un indígena toba que se autodenominaba dios de su tribu (esta sería la primera noticia sobre una agitación mesiánica entre los tobas del alto Pilcomayo). A partir de este y otros indicios, la autora ofrece una conjetura sobre los milenarismos tobas, indicando que podrían tener su origen en las alianzas con los chiriguanos, que sí tenían antecedentes documentados de milenarismos.

El capítulo tres ya nos remonta a 1869, donde se ve claramente el esfuerzo de los franciscanos por fundar nuevas misiones y retener en ella a los tobas. Los asaltos a los criollos no cesan y se produce una sublevación importante entre 1873 y 1874. Esta tiene carácter mesiánico, es claramente multiétnica y es fuertemente reprimida en 1875. Luego de la derrota, muchos huyen hacia el este del Pilcomayo, que por ahora sigue siendo un refugio. Capítulo a capítulo se ve que con los años se va dando un avance constante hacia el Chaco y la presión es sentida cada vez con más fuerza río abajo. Durante todo el texto se desgrana la complejidad de la frontera donde claramente nada es blanco o negro. Los indígenas, y específicamente los tobas, tienen estrategias diversas frente al blanco y el mismo frente colonizador está dividido.

El capítulo cuatro ya nos muestra un contacto que cambia: ahora son los criollos y los extranjeros quienes se adentran en el territorio toba. Es cuando se dan las exploraciones de Crévaux, Rivas, Campos, Tohuar, que buscan una salida fluvial hacia Paraguay. El asesinato de Crévaux y sus tripulantes genera un gran revuelo, y las sospechas recaen sobre los tobas. Siguen los asaltos a los criollos, se producen matanzas de tobas y en venganza hay toma de cautivos. Luego de esa toma, en 1884, se da un nuevo tratado de paz que firman, entre otras etnias, algunas parcialidades tobas, que tras la guerra de 1874 son la contraparte salvaje de los ahora civilizados y dóciles chiriguanos. La historia prosigue en el capítulo cinco, donde nada cambia a pesar de la paz «comprada» a los indígenas. Ya en el siglo xx los franciscanos pierden el poder de mediadores y los tobas buscan nuevas estrategias. Los criollos siguen avanzando río abajo y es entonces cuando hace su aparición Mbaaporenda o «el lugar del trabajo», esto es los ingenios en el noroeste de Argentina que son clave en la historia de los tobas quienes se dirigen a dicha región en diversas olas migratorias. Si iban los tobas, no había inconveniente; en cambio, sí era problemático cuando migraban los ahora civilizados chiriguanos, a quienes las autoridades bolivianas querían impedirles la migración. También aquí aparece un personaje clave: Taicoliqui, un nuevo líder que sabe negociar en ese espacio y tiempo tan cambiante. Hacia principios del siglo xx, Taicoliqui consigue por parte de la prefectura tarijeña el título de «capitán grande de las tribus tobas», el cual perderá en los años posteriores.

El capítulo siguiente trabajará, entre otros temas, la figura de este líder, que más que nada se relacionará con tobas de río abajo u «occidentales» y con los

pilagá. Los toba de Bolivia siguen yendo cada vez más hacia los ingenios de Argentina. En este siglo la escena es otra: tres Estados nacionales buscan posicionarse en el Chaco y ya es imparable la colonización. La lucha se desplazó río abajo. Por un buen tiempo, Taicoliqui supo moverse bien en este escenario, negoció con las autoridades civiles y lideró varios grupos indígenas, hasta que finalmente fue rechazado entre los propios indígenas para terminar asesinado en 1916 del lado argentino, lo que provocó una revuelta de los tobas que quedaban del lado boliviano. Luego de este último levantamiento se esfuman las noticias sobre los tobas bolivianos, muchos de los cuales parecen haber migrado a Embarcación, Tartagal y Monte Carmelo (Argentina). Como expresa la autora, fue un movimiento paulatino, silencioso y poco documentado (pág. 146).

La última parte del libro nos lega una mirada que expresa en toda su complejidad la cantidad de alianzas y enfrentamientos entre los grupos que vivían en la región. La historia que narra este libro es muy rica, abunda en detalles que son de gran interés, sobre todo para aquellos que trabajamos en la zona, y una reseña no deja de ser una selección sesgada por la mirada del que lee el texto, que elige solo uno de la gran cantidad de caminos que pueden tomarse para trabajar y servirse de esta obra indispensable.

Cecilia Paula Gómez
CONICET/ UCA-IICS

Hernández García, Elizabeth. *José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete (1783-1858). Primer presidente del Perú.* Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú / Instituto Riva-Agüero / Pontificia Universidad Católica del Perú, 2019, 309 págs.

Las biografías políticas e intelectuales, entendidas en su dimensión relacional antes que individual, se abren camino en el conocimiento de los procesos históricos. La investigación reciente sobre la independencia del Perú ha recuperado a actores de distinta procedencia regional, adscripción social y económica, raza, género y filiación política e ideológica que participaron en el camino que llevó a la separación de la metrópoli. La serie de biografías que edita el Congreso del Perú en la Colección Bicentenario de la Independencia, en la que esta monografía se integra, supone un esfuerzo por situar en su dimensión a miembros de la élite que intervinieron en la construcción del Perú independiente.

Elizabeth Hernández asume el reto de ocuparse de la biografía intelectual y política de José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete, al que *comprende* con sus ambigüedades y contradicciones, sus convicciones y conveniencias, siempre destacando que fue un patriota que defendió la independencia por y para los peruanos sin injerencias externas y bajo un sistema de monarquía liberal. Pertenecía a una generación que se formó en la Ilustración y transitó al liberalismo, sustrato sobre el que levantó sus teorías y praxis favorables a la indepen-

dencia. Conoció distintos escenarios americanos y europeos y desplegó una amplia actividad relacional que le procuró tanto aliados como detractores. Llegó a ejercer la máxima responsabilidad política del Perú, ya que fue el primer presidente de la República en 1823. Perteneció a la nobleza limeña, interiorizó sus valores y los hizo visibles en su comportamiento social.

Hernández sigue su rastro desde que, como noble criollo, demandó a la Corona el mismo derecho que los peninsulares a nombramientos y cargos. El relegamiento y la discriminación le llevaron, tan pronto como 1808, a formular un plan para la independencia de América bajo un sistema monárquico acorde con sus convicciones. De regreso a Lima inició una actividad conspiratoria que le llevaría a la cárcel y al confinamiento. En 1818 comenzó a circular por Lima el texto «Las veintiocho causas», redactado en 1816, que Hernández considera un documento fundacional de la independencia americana y del Perú y al que dedica un análisis exhaustivo.

Riva Agüero se convertiría en nodo de una red de espionaje al servicio de San Martín. Paralelamente, desvela la autora, en un doble juego que practicó con habilidad a lo largo de su vida, encubriría su independentismo con manifestaciones de lealtad al rey. A pesar de su contribución, San Martín no le incluyó en el gobierno del Protectorado. La relación de ambos no fue fluida. Coincidían en que el futuro pasaba por la independencia y en que el sistema de gobierno adecuado era la monarquía. Pero Riva Agüero, y en este punto incide Hernández, esperaba que San Martín traspasara el poder en el corto plazo a los peruanos. Asistió a las veleidades del hombre fuerte del Protectorado Bernardo Monteagudo y no dudó en liderar el levantamiento que le expulsaría del Perú.

Sería tiempo después, en sus *Memorias* (1858), cuando, según Hernández, haría una disección de los yerros sanmartinianos y desvelaría el recelo del Congreso, que se apresuró a aceptar su dimisión en septiembre 1822. Tampoco estuvo de acuerdo con la composición de la Junta Gubernativa, porque fue relegado en beneficio de personas que no habían estado, como él, a la altura de las circunstancias. El tiempo le daría la razón. La inoperancia de la Junta en la conducción de la guerra llevó a un pronunciamiento militar y a que el Congreso le propusiera como primer presidente de la República.

Hernández sigue las alternativas de Riva Agüero desde su ascenso a la presidencia hasta su salida forzosa del Perú. Valora los avances en el corto tiempo de su gestión, el acercamiento a Gran Bretaña y el intento de llegar a un armisticio con los realistas. Pero los contratiempos fueron aún mayores. Siguió un tiempo confuso con los realistas ganando terreno, dos presidentes simultaneándose en el poder, un Congreso dividido y Bolívar en la escena. La monografía trata de desentrañar la controvertida relación con Bolívar. La admiración fue menor que la desconfianza ante su autoritarismo y su propósito de establecer una dictadura. Una derrota militar desestabilizó su posición y afirmó la de Bolívar, al que posteriormente acusaría de estar pergeñando un plan para dividir a los peruanos. Y así fue. La proximidad del ejército realista le llevó a retirarse al Callao con parte del Congreso. La ocupación española agravaría la crisis. Para Hernández, esta fue una de las etapas más críticas de la independencia peruana, en la que afloraron las divisiones al interior de la clase política, con Riva

Agüero y una facción del Congreso radicados en Trujillo, y con otra en Lima que no le reconocía y que designó a Torre Tagle como presidente de la República. Desde su conocimiento de la independencia del norte, la autora se detiene en el tiempo en el que Riva Agüero hizo de Trujillo centro político, económico y de irradiación cultural, gobernando con eficacia y criterio.

En un mapa que le era adverso Riva Agüero se aproximaría al virrey La Serna y a Bolívar. De nuevo, Hernández descubre ese doble juego en el que proponía a La Serna un acuerdo por el que España admitiría la independencia y, en una estrategia paralela, buscaría a Bolívar para llegar a un arreglo, que no se produciría porque ambos exigían el sometimiento del contrario. Bolívar ganaría la partida. Ya en el Perú desde septiembre de 1823, consideró inaceptable la in-subordinación de Riva Agüero. El desenlace era inevitable en una situación en la que los sectores de poder necesitaban a Bolívar. A finales de 1823, Riva Agüero era depuesto. De Trujillo pasaría a Guayaquil y de ahí, al exilio. El estigma de traidor le acompañaría por haber intentado pactar con La Serna. Hernández puntualiza que ante todo defendía un modelo monárquico, excluyente de los designios bolivarianos, cuyos partidarios auspiciarían esa imagen de antipatriota.

«Se hizo fuerte en el exilio». La autora se adentra en un tiempo menos conocido de la biografía de Riva Agüero. En Inglaterra, Francia y Bélgica se empeñó en limpiar su nombre y dar empuje a su proyecto monárquico liberal liderado por peruanos. Mientras, sus enemigos políticos estaban alerta ante su retorno. No se equivocaban. Con permiso del Congreso, Riva Agüero retornaría en 1831. Las deudas del pasado no le impedirían trabajar por la república. Apoyaría la Confederación Perú boliviana y la derrota le supondría un tiempo de relegamiento hasta que, años después, Ramón Castilla le reivindicó. En 1858 terminaba de escribir sus *Memorias*. Su mirada retrospectiva es la base sobre la que Hernández muestra su desencanto por el comportamiento de la élite peruana, que priorizó la confrontación al consenso, favoreciendo con ello la intervención externa. Con cierto aire de nostalgia mantenía que la monarquía era un sistema mejor que la república, aunque necesitaba de una mano fuerte que impusiera orden en un país convulso.

Desde la consulta de bibliografía especializada y la incorporación y análisis de fuentes documentales generadas por Riva Agüero y otros testigos de la época, Hernández hace un valioso y original ejercicio en que levanta su biografía política e intelectual sin eludir la polémica que hasta hoy le acompaña. Destaca su capacidad de liderazgo, su perfil diplomático y las aptitudes para tejer redes trasatlánticas, así como su habilidad para jugar sus cartas en partidas simultáneas: se mostró fidelista siendo ya favorable a la independencia, apoyó a San Martín y su proyecto de monarquía liberal independiente, aceptó la presidencia de la República sin abjurar de su convicción monárquica, se aproximó a los realistas cuando advirtió el peligro que suponía Bolívar. Desde el exilio trabajó para hacer de la independencia un asunto peruano que no podía ser capitalizado por quienes, como San Martín y Bolívar, intervendrían en ella.

Una investigación nunca es definitiva ni está cerrada. Hernández deja algunas líneas abiertas, como quiénes integraron los círculos de sus amigos y ene-

migos políticos y en qué consistió ese partido al que hace referencia en el texto. Ya ha mostrado su capacidad y solvencia para avanzar por la historia social, política y cultural del poder en la independencia del Perú, y esta monografía es un eslabón especialmente relevante de una cadena de resultados publicados sobre las élites regionales y la jerarquía eclesiástica, entre otros.

Ascensión Martínez Riaza
Universidad Complutense de Madrid

Vidal Prades, Emma Dunia. *José Pablo Valiente (1749-1817): Ilustración, reformas y realismo en España y América.* Castelló de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I. Servei de Comunicació i Publicacions, 2019, 245 págs.

Casi una década después de haber defendido su tesis doctoral, Emma Dunia Vidal Prades coloca en manos de los lectores este afinado libro resultante de aquel ejercicio académico. Es una obra que busca explicar los cambios socioeconómicos, políticos y culturales ocurridos en España desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta los inicios del XIX mediante la trayectoria profesional de José Pablo Valiente (1749-1817), a quien en síntesis podríamos entender como un reformador liberal en América, mientras que en la península ibérica se comportó como partidario del absolutismo monárquico. De ahí que la autora presente un breve perfil familiar de este actor para luego concentrarse en la reconstrucción de sus principales espacios de actuación en ambos lados del Atlántico: España y América.

Rastrea así sus pasos por la Universidad de Sevilla entre 1771 y 1774 y la obtención del título de doctor, y apunta que combinó estos estudios con el trabajo de abogado en la Real Audiencia de aquella ciudad, donde la sólida preparación del personaje resultó fundamental para ocupar cargos de mayor rango y para que en 1780 se le promoviera para que practicara la abogacía en los Reales Consejos de su Majestad, escenarios en los que pudo ampliar su red de relaciones. Su buen proceder llegó a oídos tan importantes como los del secretario de Estado José de Gálvez, quien lo captó de inmediato para que formara parte de «la alta burocracia de la Secretaría de Indias» (pág. 32) y no tardó en ofrecerle el cargo de oidor en la Audiencia de Guatemala. Por este motivo, José Pablo Valiente emprendió la travesía ultramarina y su ascenso como funcionario se consolidaría mediante sus futuras plazas en diferentes territorios americanos. Vidal aprovecha la permanencia en Guatemala entre 1783 y 1785 de Valiente para precisar cómo se formaban y qué peculiaridades tenían las Audiencias en Indias, así como las responsabilidades de los oidores. Asimismo, explica cómo se le asignó a Valiente el juicio de residencia de Matías Gálvez, presidente saliente de la Audiencia guatemalteca y hermano del hombre a quien debía su nombramiento. Esto demuestra los fuertes vínculos que se llegaban a fraguar entre los designados a algunas funciones y aquellos con la potestad para colocarlos en puestos según su

conveniencia personal. El éxito en aquel proceso le valió a Valiente el cargo de superintendente en la Casa de la Moneda de Guatemala y, posteriormente, el ascenso a fiscal del crimen de la Real Audiencia de México.

A continuación, la autora aborda su designación para una investigación secreta en la isla de Cuba, causada por una denuncia de fraude en la Real Hacienda. Ocupaba aquí otro puesto por mandato de Gálvez, esta vez como juez «pesquisidor» por cinco años en La Habana, lugar en el que procesó a diecisiete altos funcionarios «por delitos de malversación y falsificación de documentos oficiales» (pág. 80). Poco después, fue recompensado con la titularidad de la Intendencia de la isla por ocho años a partir de 1791, etapa en la que se adentró con mayor profundidad en una realidad conflictiva que ya había percibido desde su llegada a la Antilla: el enfrentamiento de la oligarquía criolla —que apadrinaba y se servía del protectorado de los gobernadores de turno— con los intendentes. Sin embargo, a pesar de este precedente, fue un personaje que supo mantener conexiones con el capitán general y lidiar con los oidores de la Real Audiencia. Además, logró establecer alianzas con la élite habanera mediante su colaboración permisiva con respecto a proyectos nacidos en el Real Consulado de Agricultura y Comercio y la Sociedad Patriótica. Este vuelco en su carácter, que lo llevó de la rectitud como agente real a una flexibilidad pragmática ante los intereses locales cubanos, se debió, según argumenta la autora, a que era el momento de labrarse su camino ante el fallecimiento, desde la década de 1780, de sus benefactores de apellido Gálvez y del monarca Carlos III, y a las transformaciones que comenzaron a implementarse en relación con la administración colonial. Pues si bien América representó una etapa esplendorosa en su trayectoria como funcionario, ya a finales del siglo XVIII su mayor anhelo era ascender a un alto cargo en la península, preferiblemente como ministro togado del Consejo de Indias. Aspiración que se concretó en 1804.

En el año 1809, como resultado de la crisis monárquica que se vivía desde hacía dos años, se reorganizaron los consejos reales y se estableció en Sevilla la Junta Central que gobernaría durante la ausencia de Fernando VII. Ante esto, Valiente evidenció su oposición al nuevo orden político-administrativo y, «apartado de colaborar con el Gobierno afrancesado» (pág. 132), solicitó licencias con el justificante de su estado de salud para alejarse de la capital y dirigirse también a Sevilla. Constituida la Junta de Legislación nombrada por la comisión encargada de convocar a las Cortes del reino, el protagonista, como miembro de dicha junta, intervino en la toma de decisiones nodales. Temía por la peligrosa situación ultramarina, por la ola de sublevaciones que se estaban gestando y por las consecuencias que esto podía traer consigo. Se aferró a la propuesta de regresar al sistema de gobierno pensado por Gálvez para los dominios americanos y rechazó las prerrogativas provenientes de América, mientras justificaba la autoridad real que, según él, debía seguir vigente e incluso reforzarse a pesar de la inestabilidad política que se vivía. Se manifestaba así, partidario de que las distantes posesiones fueran gobernadas de manera «especial» y nunca en términos de igualdad con las provincias españolas peninsulares.

José Pablo Valiente participó en las Cortes extraordinarias de 1810 y asumió la presidencia de la Junta de Electores para diputados suplentes por América y

Filipinas (págs. 169-171). También fue nombrado diputado a Cortes por Sevilla. Fue promovido como miembro de la Comisión de Constitución que apoyaría a las Cortes a realizar su labor y en la cual colaborarían personajes ilustres portadores de diferentes ideologías y posturas políticas (págs. 178-180). En mayo de 1811 llegó a ser presidente de las Cortes, cargo que se renovaba de manera mensual (págs. 181-182), y figuró entre los diputados que intentaron evadir los «asuntos políticos que amenazaban con subvertir al Antiguo Régimen» (pág. 191). Vidal ofrece diversas versiones sobre la salida violenta que sufrió Valiente de las Cortes en octubre de 1811, ya que se le consideraba un elemento incómodo opuesto a los tintes liberales con que se estaba redactando la Constitución (págs. 200-204). No fue hasta 1814 que regresó al Consejo de Indias, reencontrándose con el reformista que había sido hasta finales del siglo XVIII, pues observó las revoluciones americanas y valoró el hecho de repensar las fórmulas de gobierno para aquellos pueblos. En 1817 falleció, por lo que ocupan las últimas páginas del libro las «remembranzas y loas» (pág. 215) dedicadas al reformista americano y absolutista peninsular.

En suma, estamos ante una obra que toma la trayectoria profesional de un funcionario real para construir explicaciones sobre el funcionamiento institucional y los altibajos en medio de coyunturas puntuales entre España y sus dominios durante la aplicación de las reformas borbónicas y la proclamación de la Constitución de Cádiz. Se resaltan los períodos bélicos y los debates sobre la unidad nacional y la representación política. Además, se discuten diferentes planteamientos y prejuicios sobre José Pablo Valiente cimentados por décadas en la historiografía tanto española como latinoamericana.

Ibisamy Rodríguez Pairol
Universidad de Guadalajara, México